

SEGUNDA PARTE.

I.

Doce años después de los acontecimientos descritos precedentemente, encontramos en una victoria, en dirección á las carreras de la Marche, á dos antiguos conocidos, Nanteuil y Desobry. Algunos cabellos grises indican apenas que este último cuenta algunos años más. Continúa siempre escéptico y filósofo, pero servicial y complaciente; sigue tomando la vida como viene, y gastándola de la mejor manera posible. Nanteuil tiene ahora de treinta y cinco á treinta y ocho años. Algunos servicios prestados como secretario de embajada le han valido la cinta de la Legión de Honor. Es el mismo joven simpático, elegante, gran admirador de las mujeres, con algunas ilusiones menos y algunos años más.

Al bajarse de su carruaje, en el sitio en que se verificaban las carreras de caballos, se unió á ellos un hombre correctamente vestido, que tendría de cincuenta á cincuenta y cuatro años, pero muy bien conservado.

—Buenos días, Conde... (le dijo Nanteuil al apercibirle). ¿Por quién vais á apostar? Me he propuesto apostar por quien apostéis vos.

—Me lisonjeáis.

—Os hago justicia; pero, respondedme pronto, que la hora se acerca.

—Pues bien: yo no tengo ninguna confianza en los favoritos, y voy á apostar en contra.

—Muy bien; yo os imitaré. Tengo una confianza absoluta en vuestra suerte.

—Efectivamente: gano hace algún tiempo.

—Justa compensación de las cosas de aquí abajo... (dijo Desobry). Otras veces perdíais siempre, si no me equivoco....

—Sí, y con persistencia... Una noche, en un baile, en casa de una mujer que ha desaparecido del *demi-monde* parisién..., Palmira, creo que se llamaba, perdí cuarenta mil francos. Corro al día siguiente á casa de mi banquero, á quien había confiado mis fondos para hacer frente á las eventualidades que pudieran surgir, y me encuentro (os digo esto para daros idea de la mala suerte que me perseguía en aquella época), me encuentro con que se ha marchado, huyendo

á los Estados Unidos con mi dinero y con el de los demás clientes... No vacilé en perseguirle. Ya veis: se trataba de una cantidad grandísima: llegó á *New-York*, donde empezaba á gozar en paz con los productos de su robo, y en lugar de reclamar el apoyo del cónsul, no me fío más que de mí mismo; corro á casa del que me había robado, le coloco una pistola sobre el pecho, y le obligo á restituir lo que me había arrebatado; entonces envié á París letras de cambio para saldar mis diferentes deudas de juego, explicando á mis acreedores la necesidad en que me había visto de hacerles esperar, á causa del robo de que había sido víctima. Han comprendido mi posición excepcional, y han aceptado mis excusas, pareciéndoles muy dignas de consideración.

Esta fábula, inventada por Orchamps para salvar su reputación de jugador, había sido aceptada.

Quando sucede que deudores que han partido para América pagan sus deudas, el hecho es tan raro, que una reacción se opera inmediatamente en favor suyo. Aquellos que le habían creído un miserable, varían de opinión repentinamente y le creen honrado, pareciéndoles su dinero entonces más codicioso cuanto más perdido lo creían y más tiempo se le ha esperado. Así es que el Conde había podido reconquistar, entre cierta clase de gentes, muy ligeras para ser severas, el

puesto que su precipitada huida le había hecho perder.

—¿Habéis permanecido mucho tiempo en los Estados Unidos?—preguntó Desobry, que parecía no dudar de este relato, dándole un entero crédito.

—Sí, he estado allí bastante tiempo: es un país interesantísimo.... Le he recorrido en todos los sentidos, aprovechándome del azar que allí me llevó.

—¿Habéis tenido, después de vuestra vuelta á Francia, noticias de Leona?

—Ninguna. Se me ha asegurado que ha vuelto á París; pero yo tengo motivos para suponer que se equivocan los que eso aseguran.

—Volvería á verla con mucho gusto (dijo Desobry): era una mujer encantadora, y su última originalidad de marcharse de París, me ha interesado más en su favor.

—El Conde me parece que tuvo algo que ver en esta fuga repentina (añadió Nanteuil). No hubiera convenido en ello otras veces; pero tendría poca gracia el que hiciera ahora de celoso retrospectivo.

—El timbre ha sonado ya por segunda vez, y subo á las tribunas. ¿Venís, señores?—dijo Orchamps, que deseaba cortar esta conversación.

—Os sigo,—dijo Nanteuil.

Cuando Desobry se quedó solo, empezó á pa-

sear entre los carruajes que le rodeaban, sin prestar la menor atención á la primera carrera, que se verificaba en aquel momento. Había inspeccionado ya las dos filas de carretelas, de *landaus* y de *mail-coach*, cuando fijó su vista en un coche de alquiler que estaba situado enfrente de las tribunas. No debía, por lo tanto, haber excitado su curiosidad aquel carruaje. Su asiento estaba desocupado, y nadie había en él que estuviese viendo las carreras; pero Desobry creyó ver aparecer unos anteojos blancos por los intersticios de las cortinillas del carruaje, y dedujo que tenían que estar sostenidos por una mano, y que la mano debía pertenecer á una mujer, encontrando ingeniosa aquella manera de verse sin ser vista. Siguió instintivamente la dirección del antejo, que se fijaba en las tribunas, pareciéndole que dirigía su atención sobre un grupo de tres personas que Desobry conocía. Mientras que observaba esto, gritos de placer y de despecho, mezclados con aplausos, le hicieron apercibirse de que la carrera había terminado. Al mismo tiempo, Nanteuil se acercó á él, gritando:

—¡Parece imposible!

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Desobry.

—¿Pero no lo habéis visto?

—No, no me he fijado.

—A pesar de las predicciones de Orchamps....

—Habéis perdido...., ¿no es eso?

—Sí, cien lúses, que me ha ganado Armando de Clairvaux.

—Aquel que habla allá abajo con la señorita de Dubreuil... ¡Y juega tan fuerte ese jovencito!

—Sí, está enamorado, y, por consiguiente, no sabe lo que se hace. ¿Pero por qué me apretáis el brazo?

—Callaos (dijo Desobry al oído de Nanteuil), y mirad hacia donde yo miro. ¿Véis aquella mujer que tiene la cortinilla del carruaje medio corrida? Pues bien: juraría que vos y yo la conocemos.

En cuanto Nanteuil se volvió hacia la persona designada, ésta se apercibió de la observación de que era objeto, y quiso bajar la cortinilla; pero desgraciadamente trató de hacerlo con demasiada precipitación, y el resorte que oprimió para bajarla resistió, viéndose, por consecuencia, expuesta algunos minutos á la curiosidad de Desobry y de Nanteuil. Este examen debió bastarles, porque de común acuerdo se dirigieron al carruaje, exclamando:

—¡Oh, Leona! ¿Estáis aquí?

Al verse descubierta, Lucía Aubré no hizo ningún signo de desagrado, y, por el contrario, les tendió la mano, diciendo:

—Sí, yo soy. (Y añadió sonriendo): Cuando se tiene una patria, se vuelve á ella tarde ó temprano.

—Afortunadamente para los que habéis dejado allí (replicó Desobry). Pero parecía que queríais ocultaros, y deseábamos saber si hemos sido indiscretos al tratar y conseguir reconoceros.

—¡Oh! No, al contrario; os doy las gracias; esa es la mayor galantería que podíais hacerme.

—¿Qué queréis decir?

—Os había apercibido, y me disponía á llamaros, cuando una duda cruel me detuvo: «¡Han pasado muchos años; tal vez haya cambiado y no me reconozcan; esto sería horrible!» Y estuve á punto de privarme de un placer, por conservar una ilusión.... Ya veis, que si la juventud ha huído, la coquetería al menos ha sobrevivido.

—Y ha hecho bien en sobrevivir; os doy mi palabra de que nadie os echará más de veinte años.

—Siempre tan galante, Desobry. ¿Es que queréis que yo os diga otro tanto?

—No, vos no me habéis conocido nunca cuando tenía veinte años, y no podría creerlos; dirigid ese cumplido á Nanteuil, y os lo agradecerá. El otro día le sorprendí muy pensativo contemplando un cabello blanco que tuvo la desgracia de descubrirse.

—¡Oh, Desobry! No hagáis traición á mis secretos delante de Leona; mi pasión por ella no

se ha extinguido jamás, y hoy la siento renacer.

—¿Qué! ¿corro peligro? Porque en este caso vuelvo á partir para América: allí se está al abrigo de las pasiones.

—¿Habéis hecho este viaje para huir de una?

—Tal vez.

—¿Nos contaréis esa historia?

—Sí, si vuelvo á veros.

—¿Cómo! ¿Queréis separaros de nosotros, después de la dichosa casualidad que ha hecho que nos encontremos?

—Es necesario, amigos míos.

—No, no, de ninguna manera; almorzaremos juntos.

—Imposible.

—No será esa vuestra última palabra; es preciso que hablemos del pasado. ¿Habéis olvidado que somos dos buenos amigos?

—Dejaos enternecer (añadió Nanteuil): os prometemos llevar á Orchamps.

—Eso no me decide: al contrario.

—¿Cómo! ¿No está tan bien con vos como hace suponer?

—¿Y pretende estar bien conmigo?

—Asegura que habéis vivido íntimamente en América. ¿No es verdad?

—¿Y qué más convidados habrá?—preguntó Leona, con objeto de cambiar de conversación.

—Llevaremos también á Armando de Clair-

vaux; debéis conocerle, puesto que vuestro anteojo parecía dirigirse á él cuando os apercibí. Fijaos: aún podéis verle: es el caballero que habla con aquella joven tan hermosa.

—¿No es verdad que es muy hermosa?—exclamó vivamente Leona.

Gracias á Nanteuil, Desobry no se fijó en este entusiasmo. Nanteuil le decía:

—Ya empieza la última carrera, y no he podido hacer ninguna apuesta.

—Pues eso os habéis evitado perder. Dad las gracias á Leona.

—Con mucho gusto, siempre que consienta en admitir nuestra invitación.

—Acepto, para que no digáis que me hago rogar; pero os advierto que deseo que no haya en este almuerzo....

—No; no habrá más que dos ó tres mujeres, cuyos nombres os son indiferentes, y además Orchamps, Clairvaux, Nanteuil y yo.

—¿Estáis seguro de que irán todos los que habéis dicho?

—¡Oh! Esa palabra *todos*, aunque muy hábil, os hace traición. *Todos* en la boca de una mujer, quiere evidentemente designar á uno. Os juro.... que no faltará el que deseáis.

—¿Qué sabéis vos el que yo deseo que vaya?

—Pues bien: irán todos. ¿Estáis satisfecha?

—Es, pues, cosa convenida: contamos con

vos (dijo Nanteuil). Á las siete y media, en el Café Inglés. Las carreras han terminado; vamos á ver si encontramos nuestro carruaje, que es algo más difícil de lo que á primera vista parece.

Y mientras caminaban, Nanteuil, cogido del brazo de Desobry, le decía:

—Es la misma que hace diez años. Cref que no aceptaría nuestra invitación. Pensé que allá, lejos de París, hubiera adquirido otras costumbres...; que se había... purificado; pero no; la idea de una comida, como aquellas de otras veces, la ha seducido al momento.

—Y vuelve á sus primeras costumbres y á sus primeros amores,—dijo filosóficamente Desobry.

Y montando en su carruaje, tomaron el camino de París.

II.

La comida, á la que Desobry y Nanteuil habían invitado á Leona, fué al principio menos alegre y menos bulliciosa de lo que podía esperarse. La causa de esto era que las mujeres que la casualidad había dado á Leona por compañeras, la eran completamente desconocidas. En ese mundo en que todas se conocen de vista ó de reputación, de una mala reputación á menudo, todo rostro desconocido engendra frialdad. En otro tiempo, Leona hubiera disipado con facilidad aquel hielo. Sus respuestas vivas, sus palabras, sus movimientos, la animación que esparcía á su alrededor, hubieran desarrugado todas las frentes, hecho hablar, con ayuda del vino, á todas las lenguas. Hoy no era ya la misma mujer de otros tiempos. Aunque hermosa,

su belleza era más grave y reflexiva; algunas arrugas, nacidas de sus continuas preocupaciones, se dibujaban sobre su frente; sus labios habían palidecido; sus ojos, brillantes y alegres en otro tiempo, eran ahora tristes y pensativos; su boca sonreía todavía, pero con una sonrisa melancólica y llena de sufrimientos. En otro tiempo, Leona hubiera sido la primera, hubiera impuesto sus caprichos á los demás, hubiera reunido á su alrededor, deslumbrándolos con su belleza, á todos los hombres; pero ahora se había sentado modestamente en uno de los extremos de la mesa, y no respondía más que á las preguntas que se le hacían directamente, pareciendo escuchar solo con gusto á Armando de Clairvaux, que, colocado á su izquierda, la hablaba con gran animación.

—¡Se ha acaparado al jovencito!—había hecho observar una de las convidadas, llamada Carolina L....

—¡Qué quieres, hija mía!.... (la respondió su compañera, Ana D.) ¡Como ya no está en la primera juventud, la gustan los jovencitos!.... Dentro de poco, la gustarán en cuanto acaben de salir del colegio.

—Y luego, cuando estén mamando,—añadió Carolina.

Á pesar de aquellas epigramáticas palabras, como quedaban para festejarlas Desobry, Nan-

teuil y Orchamps, habían permitido á Leona guardar para ella sola al joven Armando Clairvaux.

En cuanto al Conde, se sorprendió profundamente al encontrar en el Café Inglés á Lucía Aubré, y al reconocerla se dirigió rápidamente á su encuentro; pero una de esas miradas que hielan le detuvo en su camino, contentándose con saludarle ceremoniosamente. Después se sentó enfrente de ella, sin dirigirle la palabra; pero al notar la atención que prestaba á todos sus gestos y la agitación febril de que parecía estar poseído, se adivinaba claramente que su compañera de mesa no le era indiferente. En esta disposición de espíritu, interesándole cuanto á Leona se refriese, claro es que había de procurar sorprender algunas palabras de la conversación que Leona había entablado con Armando de Clairvaux; pero era esto muy difícil, porque hablaban muy bajo. Sin embargo, como parecía distraerse en llenar los vasos colocados delante de Armando, y éste los vaciaba inmediatamente, llegó pronto el momento en que empezó á apercibir su voz, que poco á poco iba haciéndose más descompuesta, á medida que los vapores del vino se le subían á la cabeza.

—Es adorable (decía Clairvaux, con voz apasionada). Nadie puede imaginar la gracia y la bondad que encierra esa criatura.—El matrimo-

nio (prosegua Armando, algún tiempo después, respondiendo sin duda á alguna observación de Leona) será la última solución, porque no se puede vivir libre siempre; pero es muy triste perder su libertad á los veintitres años.

La comida acabó más alegremente que había empezado. Se rompió el hielo, y el café y los licores acabaron de desatar las lenguas, de dar á las miradas más animación. El humo de los puros y de los cigarrillos llenaba por completo el salón. Aquéllos hablaban en voz baja, con los codos sobre la mesa y aproximándose mucho; los de más allá corrían unos tras otros. Armando de Clairvaux, atraído por Carolina L..., se había aproximado á ella, al mismo tiempo que Desobry se colocaba cerca de Leona.

—¿Te dignas por fin apercibirte de mi presencia aquí?—decía Carolina al Baronecito.

—He pensado en ti durante toda la comida.

—¡Mentiroso! No has cesado de ocuparte de tu vecina. ¿Qué os decíais?

—Hablábamos de cosas serias.

—¿Y te divertía eso?

—Al principio, sí; pero deseaba otras distracciones. ¿Quieres dárme las? Me gustan mucho.

—Porque el vino te ha alegrado.

—Razón de más: *in vino veritas*.

—No me vengas con esas; no quiero lenguas extranjeras.

—Pues te diré lo que significan esas palabras en nuestra lengua: la verdad está en el vino.

—Tú debes querer decir la variedad...; pero, ¿por qué consultas tu reloj á cada instante? ¿Pienzas marcharte?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Porque tengo una cita.

—¡Bah! No me vengas con esas, que tú no tienes negocios.

—Es una cita de amor.

—Eso lo creo menos.

—Te juro....

—No quiero juramentos: dame las pruebas.

—No puedo dártelas.

—Dime, al menos, si la cita es con una mujer de historia.

—Tal vez...; pero déjame tomar mi café.

—Él llama á eso tomar su café (se dijo Carolina, mirando á Armando, que había llenado una taza de *cognac*, y bebía con un aplomo que sólo es peculiar á las gentes que están borrachas). Tanto mejor (añadió); cuanto más beba, tanto más indiscreto será.

Y con objeto de llegar más pronto á este resultado, Carolina se acercó al conde de Orchamps, y le dijo:

—Hazme un favor.

—¿Cuál?

—Acabar de emborrachar al Baroncito.

—¿Por qué deseas eso?

—Porque es muy discreto, y quiero que hable.... Vamos, ¿quieres hacerme ese favor?

—Si has de agradecerme....; pero te advierto que no tendré gran cosa que hacer. Mírale; acaba de beberse un vaso de *chartreuse* verde.

—Pero no ha hablado todavía, y las palabras emborrachan más que el vino.

Orchamps se acercó á Armando, y entabló con él una conversación muy animada.

Algunos instantes después, Ana D...., que se había puesto al piano, se levantó, y á ruegos de Carolina, se reunió á su vez al Baroncito.

—Ya veréis cómo Carolina no os saluda más,—le dijo.

—¿Pues qué la he hecho?

—No seguís buen camino para agradarla. Estáis pensativo, suspiráis. Además, se os ha sorprendido paseando á pie por el campo, y todos estos signos parecen indicar que amáis á alguna joven de los alrededores de París, y así nos lo han asegurado.

—¡Eso es una calumnia! ¡Protesto!

Y alargó su vaso á Nanteuil, que, como todos los convidados, no teniendo conciencia de lo que hacía, se apresuró á llenarlo.

—Apuesto cien lúses (continuó Carolina) á

que oiremos hablar pronto de la boda del Baroncito.

—¡Vaya un fin! ¡Y á su edad!—añadió Ana.

—No, no....; os lo juro.... (decía Armando.) Es verdad que estoy enamorado; pero no me casaré.

—¿Y á quién amas, á quién?

—¿Es á la que habías dado una cita esta noche?

—¡Conque tenía una cita (exclamaron todos), y no nos ha confiado aún con quién era! Eso está muy mal hecho, eso es indigno.

—¡Y con amigos como nosotros!

—Tomad esta copa de licor.

—Con mucho gusto.

—¿Juras que no piensas casarte?—le preguntó Carolina.

—Lo juro. Pensaba hacerlo...., sí, me atrevo á confesároslo....; pero todo ha acabado ya, y no me casaré.

—Esta declaración os honra.... (dijo Ana.) Señoras y caballeros: á la salud del Baroncito.

—Sí, sí; á su salud.

Aquellos gritos interrumpieron la conversación de Desobry y de Leona.

—¿Qué dicen? (preguntó.) Acerquémonos; creo que están embromando al pobre señor de Clairvaux.

—¿Os interesáis por él?

—¡Oh! ¡Es tan joven!

—¡En cambio, mis cabellos grises os causan horror!—exclamó Desobry, con lastimoso tono.

Cuando llegaron adonde estaba el grupo, Armando hacía inauditos esfuerzos para desembarazarse del círculo que le rodeaba.

—Tengo necesidad de marcharme (decía). Me haréis llegar tarde.... Por favor, dejadme pasar.

—No te marcharás hasta después de haber dicho su nombre.

—Basta de bromas, Or.... Or.... Orchamps, mi querido amigo.... Pensad que es la hora de la cita.

—¿Y dónde es esa cita?

—En el pabellón del jardín, cerca del camino.

—¿De qué camino?

—Del de *Marnes*.

Al oír estas palabras, Lucía Aubré quiso acercarse á Armando; pero el grupo era tan compacto, que no pudo conseguirlo. Orchamps se había aproximado aún más á Clairvaux, y le decía:

—Puesto que me llamas y me crees tu amigo, cuéntame lo que te he preguntado.

—No, dejadme....

—¿Es morena?

—¿Es rubia?

—¿Es alta?

—Nómbrela; es necesario que sepamos su apellido.

—Ó, al menos, su nombre....: el nombre no compromete.

—Pues bien; se llama.... Luisa,—balbuceó Armando de Clairvaux, viéndose acosado por todas partes.

—¡Armando! ¡Armando!—exclamó Leona, tratando de aproximarse.

—Ahora, decidnos el apellido,—exclamó Carolina.

—Ya ha dicho bastante,—se atrevieron á murmurar Nanteuil y Desobry.

—Por ser tan exigentes no os lo digo,—dijo Clairvaux.

—Ya lo sabemos (replicó Ana); acabas de decirnoslo.

—¡Yo! ¿He dicho que se llamaba Luisa de Dubreuil? ¡Es imposible!

—¡Luisa de Dubreuil!—repitieron con asombro todas las personas que allí había.

El círculo se abrió entonces, y Armando pudo huir, sin poderse dar cuenta de la infame acción que acababa de cometer.

En aquel mismo instante, Leona, presa de una gran agitación, decía á Nanteuil:

—¿Qué nombre ha pronunciado? ¿Adónde va?

Nanteuil, que había recobrado en parte su sangre fría, bajó la cabeza y guardó silencio;

pero Carolina se encargó de responder á la pregunta que Lucía Aubré le había hecho.

—Señora (la dijo); nuestro amigo Armando de Clairvaux se ha ido á una cita que tenía con una joven llamada Luisa Dubreuil.

Lucía Aubré lanzó un grito, y estuvo á punto de desmayarse.

—He aquí una mujer celosa, —dijo Carolina.

Mientras, Leona, dándose cuenta del peligro que corría su hija, se había dirigido hacia la puerta.

—¡Quiero salir, quiero marcharme! —decía.

—Señora (respondieron las mujeres, dirigiéndose á Nanteuil, que estaba apoyado contra la puerta): ¿por qué queréis marcharos?... No; no, ahora no os marchéis... Vamos á bailar.

—Lo siento mucho, pero no puedo estar más aquí... Nanteuil, haced el favor de abrirme.

—Me es imposible, querida amiga. Si os obedeciera, esas mujeres serían capaces de sacarme los ojos.

—No dudéis que lo haríamos —dijo Ana, sentándose al piano y preludiando un vals.

Lucía Aubré no sabía qué partido tomar.

¿Cómo convencer á aquellas cabezas trastornadas por los vapores del vino?

Leona lanzó una mirada á su alrededor, buscando alguno que tuviera bastante sangre fría para poderla proteger.

Orchamps, cerca del piano, sonreía con aire satisfecho. Al apercibirle, Leona vaciló; pero sacrificando todas las consideraciones ante un motivo más poderoso que ellas, corrió hacia el Conde, diciéndole:

—Señor: os ruego, os suplico que pongáis fin á esta escena. Sólo vos estáis sereno.... Ayudadme para que me dejen marchar.

—Estoy á vuestra disposición, —replicó Orchamps.

Y ofreciéndola su brazo, se dirigió hacia la puerta.

—Señor de Nanteuil (le dijo con entereza); dejadnos pasar.

—Mi resolución es inquebrantable (respondió Nanteuil con tono trágico). Defiendo esa puerta, y para atravesarla es necesario pasar sobre mi cuerpo.

Orchamps estuvo á punto de coger por el cuello á su adversario y separarle de allí; pero prefirió, sin duda, usar de un medio menos violento, porque, inclinándose al oído de Leona, la dijo:

—La puerta estará libre antes de un minuto; prestad atención, y salvaos.

Entonces, aproximándose á una mesa de juego, la abrió, y sacando del bolsillo un puñado de luises, exclamó:

—Puesto que no me dejáis partir, tallo un *burlote*.... Hay cien luises de banca.

Estas palabras produjeron el efecto esperado. Carolina, Nanteuil y Ana se reunieron inmediatamente á Orchamps. La puerta había sido abandonada, y Lucía Aubré huía, mientras que el Conde guardaba el oro que había arrojado sobre la mesa y se levantaba.

—¿Pues qué, no jugáis ya?—exclamaron.

—No, por ahora no.... Más tarde.... Voy á tomar el aire.... Ya volveré.

III.

Cuando, doce años antes, Leona había suplicado al señor Dubreuil que se encargase de su hija, le había dicho que no pretendía partir con él los cuidados que le daría esta niña, y que le dejaría ser padre á su gusto, marchándose de Francia para no caer en la tentación de faltar á su palabra. Cumplió esta promesa; pero ¿quién puede imaginarse la tristeza de aquella partida y la desesperación que debía sentir al separarse para siempre de su hija? Al abrazarla se decía: «Ya no la abrazaré más.» La hizo hablar para oír su voz y recordarla siempre. Quiso hacerla repetir mil veces esta palabra que la había alegrado tantas veces el corazón: «Madre mía»; pero no se atrevió, porque era preciso que la niña se acostumbrase á dar este nombre á otra